

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 30 de Agosto de 1917.

Número 31.

ADVERTENCIA

Para compensar en parte á los suscriptores que directamente se entienden con esta Administración la falta de los tres números que han dejado de publicarse, el mismo día en que salga el número de la semana próxima, saldrán para cada uno tres folletos de á 15 céntimos, franqueados con dos y medio, y con faja igual á la que lleva EL MOTÍN.

Si alguno deja de recibirlos, puede reclamarlos en Correos; y si por cualquier circunstancia no se los entregaren, díganmelo en tarjeta postal para mandarle otros, y hacer luego yo la reclamación oportuna en la Administración Central donde serán depositados.

¡Un duro al año!

Monte arriba, cara al viento,
buscando reposo y calma,
íbame yo muy contento
dándole descanso al alma,
y cuando á lo alto llegué
y al dar la vuelta á la cima,
un rebaño me encontré
que se me venía encima.
Avanzaban las ovejas
marchando al paso tranquilas,
y pasaban las parejas
al sonar de las esquilas;
y á los últimos reflejos
de los rayos vespertinos,
las vi perderse á lo lejos
por los ásperos caminos.
Detrás de ellas, lentamente,
dando al aire una canción,
y sacando indiferente
su mendrugo del zurrón,
venía un pastor, un niño,
un imberbe zagalejo,
que me inspiró e e cariño
que es tan súbito en un viejo.

—Hola, ¿tú eres el pastor?
—Sí, señor, ¿y qué se ofrece?
—¿Tienes padres?—No, señor.
—¿Cuántos años tienes?—¡Trece!
—¿Y cuánto ganas, amigo?
—Un duro.—¿Al día?—¡Anda, m'ño!
—¿Un duro a me?—¡Que no, dig!
¡Un duro al año!

II

Le dejé que se marchara
y en el monte me senté,
y avergonzado, la cara
en las manos oculté.

Pasaron por mi memoria
templos, palacios y reyes,
los aplausos y la gloria,
los discursos y las leyes,
los millones del banquero,
las fiestas del potentado,
réditos del usurero,
ladrones en despoblado,
fortunas mal heredadas
en el tapete perdidas,
cortesanas celebradas
de ricas galas prendidas,
los que del lujo se ufanan,
tantas glorias, tanto daño...
y en tanto hay seres que ganan...

¡Un duro al año!

III

¡Un duro! ¡Oh Dios! ¡Cuántas veces
lo habré derrochado yo
en miles de pequeñeces
que ni gusto me pidió!
En comer sin tener ganas,
en caprichos, en favores,
en vanidades humanas,
en guantes, coches y flores,
en un rato de placer,
en un libro sin valor,
en apostar, en beber,
en humo, en un buen olor...
Y ese duro que se olvida
en cuanto correr se deja,
era un año de la vida
de aquel niño que se aleja.
Y vi que somos peores
todos los seres humanos,
unos, falsos soñadores,
otros, falsos puritanos,
ya ateos ó ya creyentes,
todos en el daño iguales,
resolviendo diligentes
grandes problemas socia'es;
y hay seres que en esa edad
que ignora su propio engaño
deben á la humanidad...

¡Un duro al año!

IV

¡No! Mientras del frío Enero
en una espantosa noche,
mi prójimo, por dinero
me l'eve á mi casa en coche;
mientras de la mina oscura
saque el carbón tanta gente,
pasando tanta amargura
para que yo me caliente;
mientras de la alegre fiesta
salga yo, que siento y creo,
y al pobre que me molesta
le mande airado á paseo;
mientras derroche la moda,
y se gasten grande ó chico
mil duros en una boda,
mil en entierro del rico,
y hasta el sol desigual sea

en dar al hombre sus rayos,
y haya niños con librea
que me sirvan de lacayos,
ni creo en leyes humanas,
ni en el que las bombas tira...
¡palabras, palabras vanas,
mentira, todo mentira!
No hay á las penas consuelos,
¡sufrir y siempre sufrir!
¡El Cristo se fué á los cielos,
pero volverá á venir!
Su reino será de espanto,
sus leyes muy diferentes,
¡y allí se ha de ver el llanto
y el rechinar de los dientes!
Y ha de subir á mil codos
más alto, el nuevo diluvio,
y en él moriremos todos;
y más alto que el Vesubio
nos ha de ver impasible
ese niño, ese pastor,
ya convertido en terrible
angel exterminador,
y entre torrentes de lava,
gritará de su alto escaño:
—«Yo soy aquel que ganaba
¡Un duro al año!»

V

Así, á mis solas decía
solo, en la cumbre del monte,
mientras el sol se escondía
en el rojizo horizonte.
En la sombra se ocultaban
lentamente las aldeas,
y en la ciudad humeaban
las fabriles chimeneas.
Veíanse allá las cruces
de las santas catedrales,
y los rayos de las luces
de las fiestas mundanales.
Allí viven reunidos
miles de seres humanos;
allí rezan compungidos
los que se llaman cristianos
entre el ruido y movimiento
de las moderrras ciudades,
resumen triste y cruento
de las necias vanidades...
y allá, perdido en la plaza,
cantando tras su rebaño,
iba aque' niño, que gana
¡Un duro al año!

EUSEBIO BLASCO

DIÁLOGO

—El maestro: Dime, ¿de dónde le vino la fortuna á tu padre?
—El niño: Del abuelo.
El maestro: ¿Y á éste?
—El niño: Del bisabuelo.
—El maestro: ¿Y á este último?
—El niño: La robó.—GÖTTE

Calor de los corazones

Allá donde termina la dilatada llanura sembrada de blancos caseríos que contemplaba desde mi ventana, hay un verde y profundo valle. Por el fondo de aquel valle baja un río hacia la llanura y por la margen de aquel río sube un camino hacia mi aldea.

Junto a mi casa hay otra, abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, á cuya ventana se asoma con frecuencia un hermoso niño que, mientras yo dirijo la vista hacia las llanuras del Ocaso, dirige la suya hacia las montañas del Oriente.

Hace dos días que no he visto aquel niño asomado á la ventana; pero, en cambio, veo que se asoma su madre, contenta y hermosa, y le pregunto:

—¿Dónde está el niño, que no se asoma á la ventana hace dos días?

—Se nos ha escapado á la aldea —me contesta.

Y la vecina se retira de su ventana, y yo sigo asomado á la mía, mirando á la llanura y pensando en el niño con los ojos poco menos que arrasados en lágrimas, porque la fuga de aquel niño es para enternecer corazones más duros que el que Dios me ha dado.

Tras de las montañas hacia donde el niño suele dirigir la vista desde su ventana, hay una pobre aldea escondida, como la mía, entre castaños y nogales.

Apenas nació el niño, su madre, temerosa de ajar su propia hermosura si alimentaba á sus pechos al concebido en sus entrañas, se lo entregó á una pobre aldeana para que lo alimentara por un mezquino salario.

Y el niño, que había nacido en una casa abrigada con ricas alfombras y encendidas estufas y diáfanos cristales, fué á vivir á una pobre casa de aldea donde penetraban por todas partes el viento y la lluvia.

La pobre aldeana, así que tocaron su seno los labios de aquel ángel, le dió el dulce nombre de hijo, y sonrió de santa alegría cuando vió que el niño crecía y tomaba el color de la rosa al calor de su seno; y se estremeció de gozo y de amor cuando oyó que el niño arrojado del regazo materno le daba el dulce nombre de madre.

El niño fué creciendo, hermoso y feliz á la sombra de los castaños y nogales de la aldea, donde había un hombre y una mujer que le llamaban hijo, y unos niños que le llamaban hermano, y unos corazones que se entristecían cuando él estaba triste y se alegraban cuando él estaba alegre.

Y la pobre aldeana, aunque con grandes penas adquiría el pan para su familia, no se atrevía ya á venir á la villa á recibir un puñado de duros de la rica y hermosa señora que vive junto á mi casa porque temía volver llorando á la aldea con la noticia de que le iban á quitar á su hijo.

Y cuando en las melancólicas tardes de otoño ella y su hijo adoptivo trepaban á la montaña á recoger el fruto de los castaños, y allá abajo, allá abajo, en el fondo del valle, veía las torres de la opulenta villa, el hijo y la madre se miraban llorando y se abrazaban.

Y al fin, á la pobre aldeana le quitaron el hijo, por más que ella y su marido

y sus hijos lloraron y pidieron de rodillas á la rica señora que vive junto á mi casa que tuviese misericordia de ellos y no llenase de desconsuelo su hogar.

En una pobre aldea, escondida como la mía entre castaños y nogales, hay un hogar donde una mujer y un hombre y unos niños hablan á todas horas, con lágrimas en los ojos, de un niño ausente; y se asoman á la ventana á ver si lo ven venir, y cuando le ven llegar por la arboleda, lanzan un grito de alegría, corren á su encuentro y le besan y le abrazan; y la pobre mujer llora y le llama hijo de su alma, y le enjuga con el delantal el sudor de la frente, y mira si trae los pies mojados, y le abotona la chaquetilla para que no se quede frío, y echa leña en el hogar para que se caliente, y le hace merendar suponiendo que llegará muerto de hambre.

Y cuando le pregunta al niño por qué le gusta más que la casa de la villa la casa de la aldea, contesta:

—Porque en la villa tengo mucho frío. ¡Ay calorcito de los corazones, cuánto más vales que el de las alfombras y las estufas!

ANTONIO DE TRUEBA

Con cristiana hipocresía
dice el místico Facundo,
que es devoto de María:
y el tuno se refería
á la chica del segundo.

A ELLAS

Amadas hermanas en Adán: Permitidme que, pues no me es dado enviaros mi apostólica bendición, os envíe al menos desde mi casto retiro, la más cordial enhorabuena. Estáis de pláceme. Ya no sois monstruos, furias, áspides, serpientes, dragones ni otros bichos feos. Ya no sois aumentativos del pecado, anzuelos de Satanás, instrumentos del diablo, puertas del infierno ni otras cosas raras. Todos esos dictérios que los padres y doctores de la Iglesia solían prodigaros allá cuando la religión era cosa de hombres, se han trocado hoy en piropos, requiebros, dulzuras y ternezas. Ahora sois las predilectas, las escogidas, benditas, santas, ángeles. Galán místico ha habido tan amartelado y vehemente, que hizo preciso el que un periódico de su comunión le llamara al orden y á las conveniencias con esta frase, por demasiado sugestiva algo brutal: «¡Ojo, que estamos en cuaresma!»

Y es que la religión es ya casi exclusivamente asunto vuestro. Desde que los hombres desertaron del templo, vosotras solas componéis el rebaño del Buen Pastor. De muchos años acá el catolicismo visiblemente se afemina. Claro indicio da de ello el culto y hasta el mismo dogma. El santo rosario ha acabado por ser la primera de entre todas las devociones. Para vosotras son los triduos, las novenas, las misiones, las Cuarenta-Horas. Para vosotras se imprimen los devocionarios. A vosotras aguarda

el confesor en su casilla. A vosotras bendice el oficiante en el altar. A vosotras se dirige especialmente el predicador desde la cátedra del Espíritu Santo. Hasta la novísima arquitectura religiosa, el decorado de las iglesias y el ornato de los altares están hechos para agradaros.

Podrá haber en ello habilidad, pero ¿cómo no reconocer también lo mucho que hay de gratitud? Vosotras sois, hoy por hoy, las más firmes columnas del templo. Los varones se ocupan ya apenas de la religión, á menos de que coman de ella. Todo lo que resta á la humanidad civilizada de fe ciega y de candoroso fervor se ha refugiado en vuestras almas piadosas é inocentes. La devoción es femenina. El tipo del gazmoño parece soberanamente ridículo aun á los creyentes, y á vosotras mismas os inspira burla y menosprecio. Si un día retirárais á la Iglesia vuestra protección ¿qué sería al día siguiente de *calonges y prestes*? ¿Cuántos hombres irían á presenciar *motu proprio* el santo sacrificio de la misa? ¿Cuántos acudirían al tribunal de la penitencia? ¿Cuántos escucharían pacientes las homilias? ¿Quién sufragaría los esplendores del culto? ¿Quién se casaría por la Iglesia, no siendo obligado por vosotras? ¿Quién demandaría los auxilios espirituales en el supremo trance, no habiendo esposa, madre ó hermana que lo pida y aun que lo imponga? ¿No es de temer que, en tal supuesto, abandonados los sacramentos, desiertos los altares, los templos hubieran de cerrarse por huelga de fieles y la santa religión de nuestros mayores caducará por falta de uso?

De aquí el interés sumo que inspiráis á las gentes negras. Apenas si los conferenciantes de los *luses*, sociedad del género neutro, se ocupan de otra cosa. Se trata sobre todo de salvaros del gran peligro con que os amenaza la civilización. Hombres malvados y aun mujeres traidoras á su sexo han tramado contra vosotras, en todos los países civilizados, sinietra conjura. Quieren transformar radicalmente la educación de la mujer, á fin de inspirarla desde su más tierna infancia el respeto á la realidad y el sentimiento de la seriedad de la vida. Quieren desarrollar su inteligencia, fortalecer en ellas la reflexión, disciplinar la fantasía, á fin de habilitarlas para formar por sí mismas respecto de todas las cosas recto y sereno juicio. Quieren desvanecer su ignorancia, no para hacer de ellas insufribles marisabidillas, sino personas razonables, provistas de los conocimientos que hoy requiere la más elemental cultura y aptas para cumplir los deberes que puedan imponerles en todo el curso de la vida su estado y condición. Quieren que, esposas, sean capaces de comprender á sus maridos y madres de cuidar de sus hijos. Quieren extender los horizon-

tes de su espíritu para que pueda interesarlas cuanto hay de bueno y bello en la naturaleza y en la sociedad, y nada que sea humano las deje indiferente. Quieren garantías la independencia económica, base de la dignidad de la vida, mediante el desempeño de una profesión útil, preservándolas de caer en el abismo de la prostitución franca y en el de esa otra encubierta é hipócrita prostitución del matrimonio contraído sin amor y soportado por cálculo y necesidad. Quieren igualar en la familia al marido y a la mujer, acabando con los vestigios de la tradicional servidumbre que aún consagra y sanciona la famosa Epístola de San Pablo. Y quieren, en fin, en la medida en que lo vayan haciendo posible los progresos de la emancipación femenina, dar participación a la mujer en los negocios públicos y reconocerla sus derechos políticos, para evitar la anomalía de que una madame Severine ó una Emilia Pardo Bazán resulten oficialmente desprovistas de aquella capacidad que la ley reconoce a su lacayo ó su portero.

El conjunto de estas disparatadas pretensiones es lo que se denomina *femenismo*, doctrina absurda, vitanda, herética, contra la cual fulminó en los *luses* su anatema una de las más preclaras ilustraciones del episcopado español. Con tan maravillosa elocuencia hubo de hacer Su Ilustrísima la apología de la mujer ignorante, crédula, supersticiosa, fanatizada, que todas las damas ricas y linajudas que le escuchaban se sintieron poseídas de entusiasmo. ¡Pues qué fué el oírle recomendar la unión indisoluble de la mujer y el cura para el bien de la sociedad y la salvación de las almas! Aquel sermón os señala, ¡oh mujeres hispanas! la senda del deber. Prostrados á los pies del sacerdote, besad su diestra humildes; abrid de par en par vuestra conciencia ante sus ojos; haced de él el confidente de los secretos más hondos, de los más delicados misterios, de aquello que veláis á vuestras madres y que osáis apenas confesaros á vosotras mismas; contadle, vírgenes, vuestras tentaciones, vuestros ensueños, vuestros delirios; participadle, esposas, las efusiones de la vida conyugal, las intimidades del tálamo; erigid á ese extraño en director soberano de vuestra conducta; obedecedle como á Dios y sed en sus manos instrumentos ciegos; perpetrad, caídas, el adulterio espiritual de quien entrega el alma á un hombre que no es su marido; tratad á vuestros esposos según él os lo sugiera y educad á vuestros hijos como él os lo ordene; abdicad en su favor razón, conciencia y libertad.

Si así lo hiciéreis, la Iglesia no os procurará en esta vida cultura, ni emancipación, ni pan, ni derechos, pero os ofrece, después de muertas, la bienaventuranza eterna. En esa beati-

tud, un poco insípida, no os acompañarán probablemente los seres más queridos: el padre, el esposo, el hermano, el hijo, víctimas de los engaños de Satán. ¿Qué importa? El amor, la caridad, la abnegación, son buenos cuando se trata de los intereses de este mundo, efímeros y perecederos. Ante el supremo negocio de la salvación, el creyente ha de proclamar como norma de su conducta el egoísmo más feroz. En presencia de la eternidad no hay hijas, ni hermanas, ni madres, ni esposas. Para las cosas de ultratumba el lema de la ortodoxia es el de las grandes derrotas: — ¡Sálvese el que pueda!

ALFREDO CALDERÓN

1903.

La pasión del oro

«Amar el oro! Amarle con rabia, con ferocidad única, absolutamente! Reducir todos sus sueños en un lingote! He aquí una pasión verdadera.

No me habéis del borracho ni del crapuloso, viciis vulgares, apetitos brutales que la satisfacción apaga y que se hallan limitados por los sentidos.

Tener por ídolo un Dios que no cambia jamás; un Dios verdaderamente eterno y adorado de todos; un Dios cuyos milagros nadie ha puesto en duda, que no tiene cismáticos ni heréticos, que todo lo puede, y para quien jamás la gran voz profética gritará sobre las aguas: «Los dioses se van!» Esto prueba un espíritu profundamente lógico y desdeñoso de las sutilezas humanas.

¡Ay! Es preciso confesarlo, aunque pequemos de pródigos; no hay nada verdadero en el mundo más que el oro... y el olvido.

¡Qué voluptuosidad tan profunda! Contrar en su bolsillo una mano febril y nerviosa llena de oro y de billetes de Banco y decirse:

«Esa joven de tranquila mirada virginal, que pasa cobijada por la sombra discreta de su anciana madre, con un puñado de esto yo la poseeré; yo haré que ese gran señor descienda de su carruaje y ocupará su sitio; en mi cofre piafan y relinchan soberbios caballos; estos montones de escudos serán palacios de mármol, cuadros de Ticiano, mantos de púrpura y joyeles espléndidos. Todos los goces del mundo, todas las voluptuosidades del alma y de la carne, todas las quimeras del espíritu, yo las tengo encerradas bajo esta triple cerradura: si la abriera, saldrían cosas más extrañas y monstruosas que de la Caja de Pandora.

Con el oro puedo ser insolente, feo y estúpido; puedo escupir en la cara de la especie humana, sin ver más que frentes inclinadas; enjugar mis sandalias sobre las cabezas más nobles y tener cuerpos de mujeres por escabel, como los dioses babilónicos en sus orgías. El mismo genio, mendigando algunas monedas de *mi oro* á fin de realizar el sueño que debe inmortalizarle, viene á doblar su rodilla delante de mí. La justicia para mí no tiene más que falsas balanzas; yo puedo devorar vírgenes como el Minotauro antiguo; puedo asesinar, y con *mi oro* comprar á los jueces, al pretorio, á los abo-

gados, al carcelero, al verdugo y á la familia de la víctima.

¡Yo soy rey por derecho de *mi oro*, soy emperador, soy Dios!...

Ahora, en vez de esto, supongamos que yo vaya cubierto con una capa raída y remendada, con un traje miserable y blanquecino por las costuras; mi hogar será frío, mi despensa estará vacía; sobrepasaré en austeridades á los más rudos anacoretas; me alimentaré con migajas desdeñadas por los ratones; me volveré á cada instante, temeroso de que hasta mi sombra sea un ladrón; no sé ré pródigo sino de cerrojos y cerraduras; pasaré las noches sin luz; dejaré morir á mi mujer sin medicinas y sin médico, antes que perder una partícula de este metal precioso. Las mujeres comen, los hijos codician la herencia. ¿Acaso hay necesidad de familia, ni de amor, cuando se tiene una pasión como la mía?

¡Oh! ¡Qué feliz era Midas trocando en oro todo lo que tocaba, hasta el mismo pan! Hundir los brazos hasta las espaldas en un baño de oro; remover á manos llenas cuádruplos, ducados, cequies; formar con ellos montones que se derrumban sonora y brillantemente; ver en el fondo de la cueva, santuario misterioso, reventar y esparcise los barriles demasiado repletos de plata; revolcarse en un lecho de luses y de lingotes... Voluptuosidades desconocidas, placeres desenfrenados, goces furiosos, ¿qué son á vuestro lado las pálidas sensaciones con que se divierte el vulgo?»

TEÓFILO GAUTIER

Celibato eclesiástico

A UN CLÉRIGO

Venga esa mano, tú que en Alicante acabas de abjurar del catolicismo para unirme á la mujer que amas. Eres un hombre. Y un hombre honrado.

Que griten y se indignen hipócritamente los tíos de tanto sobrino sin padre, por un acto que te da derecho á ser padre de tus hijos. Desprécialos. Mas no, que los honrarías.

Dirán que el instinto carnal te ha empujado. Error. Para satisfacerlo cumplida é impunemente, ningún estado como el que abandonas. Ellos lo saben y tú también.

Mas suponiendo que así fuera ¿quién se atrevería á condenarte? ¿O es que vamos á estar pagándonos perpetuamente de frases huecas y de ideas absurdas?

La pasión de la carne es la primera y la más noble de cuantas nacen en el corazón del hombre, y la más irresistible á la vez. Como que es principio de vida. ¿Principio? No; es la vida misma.

¿Que la costumbre y la ley la encauzan creando una ficción legal, el matrimonio, para hacerla servir mejor á los fines sociales? ¿Y qué? ¿Pierde por ello en importancia? Yo diría que aumenta.

¡D sgraciado clérigo! ¿Cuánto habrás luchado antes de decidirme á dar ese paso, natural y lógico, pero que lleva consigo el anatema!

Al llamar el amor á las puertas de tu alma, y más si llamó tarde ¡qué de inesperadas revelaciones! ¡qué de sacudimientos extraños!

Los sueños de la adolescencia y los ardores de la juventud, las caricias deseadas y los deleites presentidos, todo lo

que creías muerto se alza ante ti en poderosas manifestaciones de vida.

Los antrós de tu conciencia se iluminan y la naturaleza ultrajada vuelve por sus fueros, azotando el rostro de todos los dogmas que viven de mutilaciones de la carne y del espíritu.

La sangre hierve en tus arterias y rugen de alegría al afluir en oleadas á tu corazón; en tu cerebro estallan torbellinos de ideas viriles, y al ver á tu Eva estremécense todo tu ser.

¡Qué mira la suya! Cuando tropieza con tu mirada, incendiándose ambas al choque, rásgase el velo del porvenir y descubrense soles espléndidos en horizontes infinitos.

Todo en la creación se alía para enloquecerte. Los astros alumbran por ella, las flores brotan porque ella existe, el canto de las aves no es más que el remedo de su voz. Ella por todas partes, siempre ella, y sólo ella. *«Llenos están los cielos y la tierra de su nombre!»*

¿Y habría de ser mentira todo esto? Encantos, éxtasis, sensaciones sublimes, aspiraciones al ideal, cuanto levanta tus pies del polvo de la tierra ¿no sería sino una añagaza de la naturaleza, un lazo infame para perder tu alma?

El hombre to afán con que unirías tus labios á sus labios, hermoso niño de existencias en germen, y el ansia con que beberías su aliento ¿habrían de ser nada más que el deseo brutal de un placer extinguido apenas gustado?

¡Sacrilegio! ¡Impostura! ¡Cómo te han engañado, pobre clérigo! La carne, que te habían enseñado á despreciar, es soberana; y el alma, que creías señora, es esclava.

Intenta, si no, sustraerte á su dominio invocando deberes, votos y creencias. Sobre las ruinas de todos los convencionalismos verás erguirse á la mujer tendiéndote sus brazos, amante, sonriente...

¿Huir de ella? Imposible. En tu casa como en el templo, blasfemando ó gimiendo, con los puños crispados y las manos cruzadas, de día como de noche, siempre y donde quieras que te refugies, allí estará.

Y nada de llozos ni de rezos: tus lágrimas se incendiarán al tocar tus mejillas si es que no se secaron al asomar á tus ojos, y en tus rezos no pasarás nunca del *«Bendita tú eres entre todas las mujeres»*.

Arrástrate sobre las losas, golpea las paredes con el cráneo, revuélcate en tu lecho... Los suspiros que lances se transformarán en rumores de alas, las maldiciones en cuchicheos de hojas, las blasfemias en chasquidos de besos.

Ataraza tu carne con los dientes, mágullala; macérala... Como el mártir que afirmaba en el tormento la fe de Cristo, ella confesará la de su naturaleza, desafiando tus iras y burlándose de tu poder.

Y si alguna vez, cansado de combatirla y aniquilarla crees que yace en reposo, escucha, y la verás entonar tristemente este himno de desgarradora melancolía: *«En mi lecho por las noches busqué á la que ama mi alma; la busqué, y no la hallé»*.

¿Sagrados preceptos, ejemplos de resistencia? Todo inútil. La ley está dada y hay que cumplirla: *«Creced y multiplicaos»*. Es universal, es eterna, y no admite transgresiones. O se cumple á la luz del día, ó en las sombras; ó digna, ó infamemente.

La cadena del deber se funde al fuego

del deseo, la voluntad muere, y la razón se turba ante las justas rebelías de la carne. ¿Qué votos, ni qué propósitos, ni qué temor al castigo de los hombres ni á la ira del cielo?

No hay remedio. Hay que abjurar de los dogmas que mutilan y entrar valerosa y orgullosamente en el concierto de la vida; ser hombre, y cumplir la ley que manda *«abandonar al padre y á la madre, para unirse á la mujer, y ser dos en una carne»*.

Honor á ti, que lo has hecho; desprecio para el que, encenagado quizás en las degradaciones del vicio más abyecto ó sumido en el fango de la concupiscencia más grosera, arroje piedras en tu camino; y compasión, mucha compasión para el desdichado que se abraza en el fuego del amor sin firmeza bastante para romper unos votos que contrarian las sacrosantas leyes de la naturaleza, y que pudiera exclamar, con más razón que el Hijo del hombre: *«¡Señor, Señor!, ¿por qué me has abandonado?»*

JOSE NAKENS

1894

—Acusado.—¿Tiene algo que añadir en su defensa?

—Nada, señor presidente; me entrego á la equitación del tribunal.

—Es muy justo. Ya sabe usted que nosotros estamos montados sobre la ley.

Monjas y obispos de antaño

Por los años de 1285 había en la ciudad de Zamora un monasterio llamado de las Donnas ó Duñas, cuyas reclusas pertenecían á las familias más aristocráticas del reino.

El obispo de la ciudad contemplaba con ceño á estas señoras, que eran bastante numerosas, y la causa de su enojo consistía en que las venerables monjas obedían al prelado de la orden de Santo Domingo y no querían reconocer al obispo por su genuino pastor, por lo cual desobedecían todos sus mandatos.

El obispo de Zamora don Suero dió al traste con su paciencia, y previno enérgicamente á las rebeldes, que si en adelante no acataban sus disposiciones como verdadero pastor de aquellas *ovejas extraviadas*, tomaría medidas fuertes contra ellas, pues quería á todo trance que sus órdenes fueran obedecidas.

Las monjas, que se habían encariñado con el prelado de la orden de Santo Domingo, y tal vez excitadas por él, insistieron en la desobediencia, y por medio de una representación muy respetuosa manifestaron al obispo que no podían acatar sus mandatos, porque *non entraban adentro de la justicia*.

No tuvo ya límites la cólera del obispo, y esta misma representación fué motivo para autorizar las severas disposiciones que tomó sin pérdida de tiempo.

Pidió arqueros al infante don Juan, que era muy su amigo, y marchó con esta tropa al monasterio, y sacó del claustro á viva fuerza á la abadesa y á otras cuatro religiosas de las *más temerarias*, y les metió en la cárcel.

Escandalizóse el pueblo, dieron sus quejas al infante don Juan, y éste respondió que *él era lego é non vestía sayal religioso*, y que en los asuntos de la Iglesia no intervenía.

Supo el obispo don Suero que en el monasterio bullían la murmuración y la censura, y alentado con las palabras de su amigo el infante, acudió al monasterio con mayor fuerza de arqueros, y echó fuera de él á otras cuarenta, y las excomulgó.

Publicó además un edicto eclesiástico disponiendo que nadie les diese ni les vendiese lo necesario para su sustento, y que no alzaría su rigor mientras no abandonasen el hábito de Santo Domingo, que vestían, y la observancia de sus Constituciones.

Los frailes del monasterio de la misma orden pusieron el grito en el cielo y censuraron ásperamente las medidas de don Suero; y éste, que supo el rumor, les mandó decir que caminasen con mesura en sus murmuraciones, que *á la fin eran varones é non hembras y que les mandaría ajorcar con sus propios cordones*.

Notando que seguía la murmuración entre los padres, les trató como á rebeldes, y dispuso que ninguno pudiera predicar en la ciudad ni en todo el obispado, y previno á los párrocos que no sintiesen que entrasen en sus iglesias á celebrar los divinos oficios; y á los seglares, que no acudiesen á oír sus sermones, ni se confesasen con ellos, ni los llamaran para asistir á sus moribundos parientes; que ninguno fuese enterrado en las iglesias, y si alguno contraviera este mandamiento sería instantáneamente excomulgado.

El Padre Santo Honorio IV tuvo noticia de este escándalo, y dijo que *no quería disimular tan grave insolencia*, y fué citado D. Suero para comparecer ante la curia romana, para lo cual le concedieron el plazo de cuatro meses; pero antes que se cumpliera el plazo falleció, y por una escritura que se celebró en Abril de 1287, volvieron las monjas á reconocer por prelados á los de su orden.

Al ver hoy á los obispos acobardados ante los frailes, especialmente ante los jesuitas, cuando no besándoles moralmente las sandalias, pienso en D. Suero y en otros obispos que le imitaban en los tiempos tenidos por más religiosos.

Como al ver á nuestros gobiernos detentados ante las puertas de los conventos, cométanse dentro los desafueros mayores, echo de mínes á aquel infante don Juan y otros reyes muy católicos que tenían siempre á raya las demasías frailunas ó monjiles.

Y aunque me sonroje, confieso que en este terreno hemos retrocedido en España mucho, pero mucho.

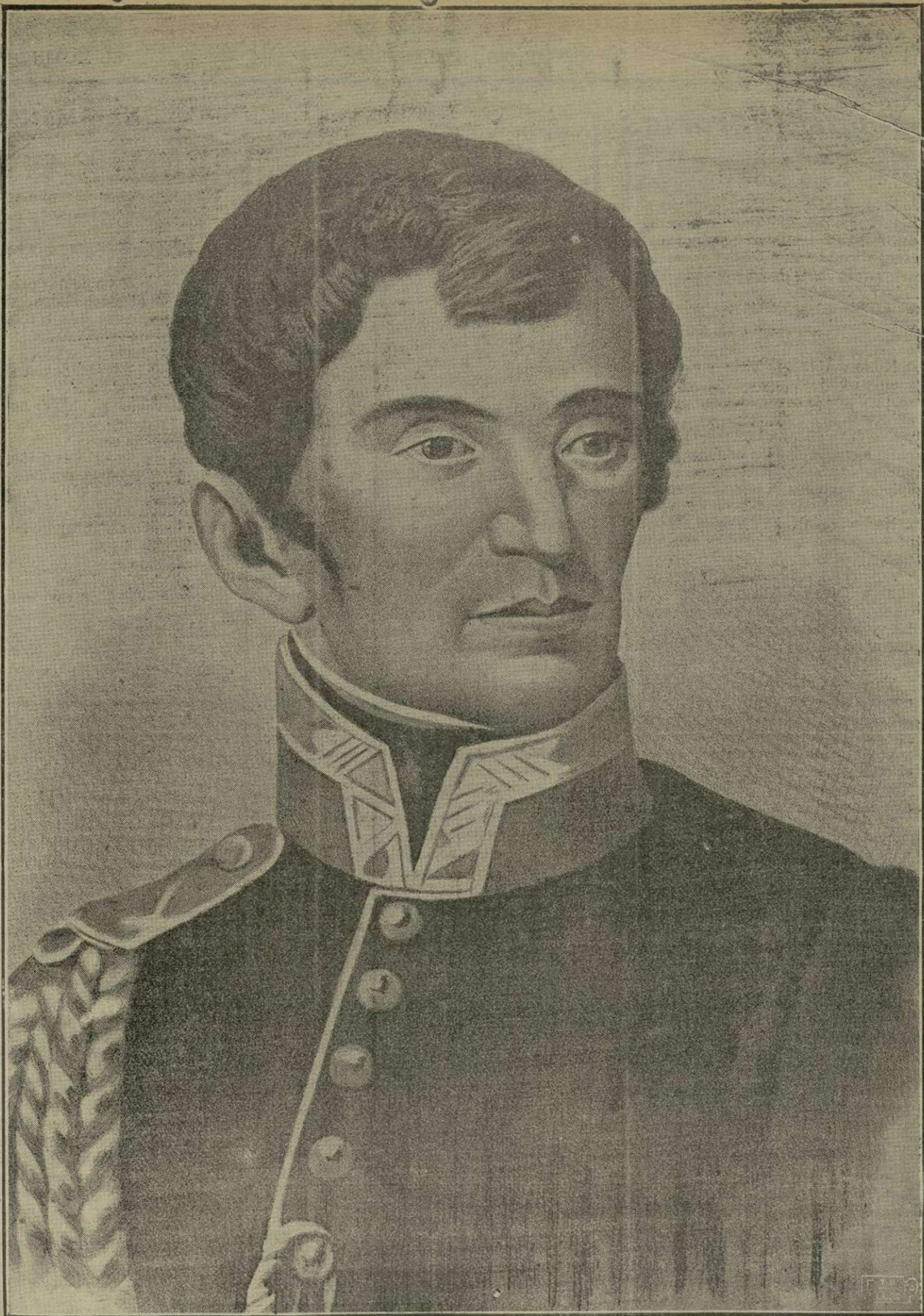
NOTICIA SENSACIONAL

Como había compuesto, para publicarla en EL MOTIN, las piecécillas teatrales, *¡Alza, pilili!, Pequeñeces y El primer aniversario*, me dije:

Aunque el papel anda caro, tirando pocos ejemplares me costará poco relativamente el aumentar la biblioteca de EL MOTIN con estas tres obras dignas de pasar á la posteridad en sitio reservado.

Y las imprimí, y quedan á la venta desde hoy al precio de *peseta* cada una.

Hay que sacrificarse por divulgar la cultura con obras maestras.



Pratt del Puente
Ayuntamiento de Madrid

Joyas literarias

La luna...

Esta, Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora blanca, limpia, mondada calavera, un tiempo fué poblada, seductora, romántica, sombría cabellera. «Agravio fiero de la edad traidora» César llamó á su calva (¡y César era!...) No haré yo tal; pues desde edad muy verde vivo, como quien dice, al gana-pierde.

No la muerte, la vida me acobarda; y en mi viaje desde niño á viejo, suspiro por la orilla que me aguarda, no por la orilla que á mi espalda dejo; y el viento débil y la nave tarda halla siempre el afán con que me alejo, pues sé, ¡triste verdad! que de la vida sólo es hermosa la porción perdida.

Nadie trocara su dolor pasado ni por memorias de placer siquiera: nadie tampoco en desandar lo andado y repetir su vida consintiera; si alguno reracer ha deseado ha sido por vivir de otra manera. La vida es mosto insípido y dañoso que al fin se trueca en bálsamo gustoso.

Tampoco diera yo mi calva fría por los antiguos rizos de mi frente. ¿Para qué? Cuando á manca los tenía, apenas los miraba indiferente, y hoy por ellos amor, pena, ufanía, el corazón enajenado siente. Tal es la dicha: sombra transitoria que agranda con su prisma la memoria.

Jamás tan bello en su fulgente cuna bajo el alegre pabellón del alba saluda al hombre el sol de su fortuna que el alto monte del Oriente salva, como después, al contemplar la luna, ó al apuntar la luna de su calva, lo recuerda, envidiando tristemente la misma luz que desdeñó en Oriente.

Pero volviendo á la empezada historia, dado me sea, ya que no un responso, cantar un himno á la pasada gloria de mis cabellos de mancebo intonso. ¡Oh, Fabio! Si tal vez haces memoria de haber visto la efigie de un Alfonso, podrás imaginarte sin gran pena mi larga, undosa, lúgubre melena.

¡Coincidencia fatal! ¡Escrito estaba! Treinta años Espronceda ya tenía cuando imitando á Byron se quejaba de que insensiblemente encanecía; y, ¡ay de mí! yo los veinte aún no contaba cuando el ingrato bien del alma mía con su mano de nacer transparente las canas apartaba de mi frente.

O con sus dedos albos como armiño me las iba arrancando una por una, cual nos arranca el maternal cariño una tras otra pena inoportuna; ¡blancas pavesas de la sien de un niño, cabellos agostados en la cuna!...

¿Qué fué de esa mujer? ¡Otra pavesa! Murió..., y entonces mepeleá la inglesa.

¡Escalar quise el cielo en mi locura, y de mi frente se nevó la cumbre... — Tal se aza el ll k'a (ninguna es la figura) coronada á la par de hielo y lumbre. — ¡Oh, mal haya la vil literatura que contrajo la bárbara costumbre de estirpar en el alma de los niños temores y respetos y cariños!

Decía que murió la hermosa ingrata que cuidaba mis lánguidos cabellos... — Hoy no les tengo ni rizos ni de plata... — Mis ilusiones simbolizan ellos. — No es la tijera va la que los mata, ni frustra ya el dolor mis sueños bellos... Lo que hoy sucede en la cabeza mía es que ni sueños ni cabellos cría.

¡Mejor! Así con tiempo me habitúo á mi futura, irremediable suerte (que igual á la de todos conceptúo); y cuando echados en la tumba inerte ruedan mis blancos huesos, ¡algun buho sobre ellos cante el himno de la muerte, no será nuevo hallar mi calavera hueca por dentro y calva por afuera.

Y si, al fin, de un doctor en medicina enriquece el lujoso escaparate, ó á solas en su cueva la examina un monje del breñoso Monserrate, podrán más bien, tras su aridez calina, reconocer mi busto en yeso mate; ver que es mi cráneo que perdiera el seso, y darle el monje ó el doctor un beso.

Beso piadoso que en el alma mía, fuese cualquier entonces su merceda, el amargo recuerdo endulzaría de la existencia terrenal pesada. Y aún más vivo su júbilo sería si del doctor un día la criada, al despolvar mi cráneo, lo volcase, y, por cogerlo, al seno lo estrechase.

Jóvenes cuyos rizos ondulantes necia moda rapó á lo Carlos Quinto; impenitentes viejos petulantes que el pelo blanco convertís en tinto; miradme calvo á mí, que imagen antes fuera del melencólico Chindasvinto, y suplicad desde mañana al cielo que principie á mataros por el pelo.

¡Ah! que es muy noble trasar en esta vida el último peinado, el de esqueleto, y una parte mortal llevar perdida y otra inmortal ganada en tal conceto. Pues si el alma del cuerpo desprendida es más bella y más digna de respeto, perdiendo parte del humano lodo he perdido la parte por el todo.

Por lo demás, no temas, Fabio mío, que yo me porte con mi pelo muerto como el viudo que celebra impío segundas nupcias en su lecho yerto. No, no lo temas. A pesar del frío y de las mochas, y aunque el gran desierto de mi calva se extienda hasta la nuca... ¡jamás lo juro—me pondré peluca!

PEDRO ANTONIO ALARCÓN

SECCION AMENA

En la Audiencia:

— Es la décima vez que se le condena á usted por el mismo delito.

El procesado con mucha serenidad:

— Pues no sé yo, señor presidente, cuál de los dos, si usted ó yo, es el más terco.

En un tribunal:

— ¿Por qué ha matado usted á su mujer?

— Señor juez, por hacer honor á su palabra.

— ¿Cómo es eso?

— Ella me llamaba constantemente «verdugo» y «asesino», y la he matado por no dejarla por embustera. Eso es lo que hace un hombre de honor en tales casos.

En una prevención:

— ¿Qué es usted?—pregunta el inspector de muy malos modos.

— Soy poeta, señor—contesta el detenido.

— Conque poeta, ¿eh? Yo también tengo un hermano que es poeta.

— Pues estamos iguales, porque yo tengo otro que es muy bruto.

En un tribunal:

El abogado. Señor presidente, mi defendido no ha robado más que tres duros, mientras podía haberse apoderado de un talego con dos mil pesetas.

El acusado se echa á llorar.

El presidente, con aire bondadoso:

— Acusado, veo que se arrepiente usted.

— Sí, señor; me arrepiento... de no haber visto el talego á que se refiere mi defensor.

En la Audiencia:

— Acusado, póngase usted de pie y conteste: ¿ha sido usted condenado alguna vez?

— No, señor presidente.

— Está bien; siéntese usted... y espere.

En un tribunal:

— ¿Es usted casado?

— Sí, señor.

— ¿Con quién?

— Con una mujer.

— Como todo el mundo.

— No, señor; mi hermana, por ejemplo, está casada con un hombre.

NOCTURNO (1)

A ROSARIO

I

¡Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
decirte que te quiero
con todo el corazón;
que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
que ya no puedo tanto,
y al grito que te imploro,
te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusión.

II

Yo quiero que tú sepas
que ya hace muchos días
estoy enfermo y pálido
de tanto no dormir;
que ya se han muerto todas
las esperanzas mías:
que están mis noches negras,
tan negras y sombrías,
que ya no sé ni dónde
se alzaba el porvenir.

III

De noche, cuando pongo
mis sienes en la almohada
y hacia otro mundo quiero
mi espíritu volver,
camino mucho, mucho,
y al fin de la jornada
las formas de mi madre
se pierden en la nada,
y tú de nuevo vuelves
en mi alma á aparecer.

IV

Comprendo que tus besos
jamás han de ser míos;
comprendo que en tus ojos
no me he de ver jamás;
y te amo, y en mis locos
y ardientes desvaríos,
bendigo tus desdenes,
adoro tus desvíos.
y en vez de amarte menos,
te quiero mucho más.

V

A veces pienso en darte
mi eterna despedida,
borrarte en mis recuerdos
y hundirte en mi pasión.
Mas si es en vano todo
y el alma no te olvida
¿qué quieres tú que yo haga
pedazo de mi vida,
qué quieres tú que yo haga
con este corazón?

VI

Y luego que ya estaba
concluido tu santuario,
tu lámpara encendida,
tu velo en el altar,
el sol de la mañana
detrás del campanario,
chispeando las antorchas,
humeando el incensario

(1) Al terminar esta composición, el autor se pegó un tiro en la cabeza, quedando muerto en el acto.

y abierta allá á lo lejos
las puertas del hogar.

VII

¡Qué hermoso hubiera sido
vivir bajo aquel techo,
los dos unidos siempre
y amándonos los dos;
tú siempre enamorada,
yo siempre satisfecho,
los dos una sola alma,
los dos un solo pecho,
y en medio de nosotros
mi madre como un Dios!

VIII

¡Figúrate qué hermosas
las horas de esta vida!
¡Qué dulce y bello el viaje
por una tierra así!
Y yo soñaba en eso,
mi santa prometida;
y al delirar en eso
el alma estremecida,
pensaba yo en ser bueno
por ti, no más por ti.

IX

Bien sabe Dios que ese era
mi más hermoso sueño,
mi afán y mi esperanza,
mi dicha y mi placer;
¡bien sabe Dios que en nada
cifraba yo mi empeño
sino en amarte mucho
bajo el hogar risueño
que me envolvió en sus besos
cuando me vió nacer!

X

Esa era mi esperanza...
Mas ya que á sus fulgores
se opone el hondo abismo
que existe entre los dos,
¡adiós por la vez última
amor de mis amores;
la luz de mis tinieblas;
la esencia de mis flores,
mi lira de poeta,
mi juventud, adiós!

MANUEL ACUÑA
(Poeta mejicano.)

Recuerdos de la juventud

Cafés revolucionarios

Los partidos revolucionarios en sus dos ramas principales, demócrata y progresista, conspiraban con decidido empeño en los años 1867 y 1868, para lograr el triunfo de sus ideales.

En esta conjuración entraban diversos y poderosos elementos, alguno de los cuales tenía graves cuentas que saldar con el poder que dominaba España.

Los estudiantes, núcleo de intelectuales, la triste noche del 10 de Abril.

El Pueblo, la funesta jornada del 22 de Junio.

El ejército liberal, los fusilamientos de sus hermanos en los años de 1866 y 67.

El comercio, la paralización de los negocios que lo consumía y arruinaba.

Los artistas y literatos, la intranquilidad en que se vivía y que no dejaba es-

peranza de mejoramiento, ni progreso, ni avance.

Se conspiraba, puede decirse en voz alta, sin dudas, sin vacilaciones, sin miedo.

Los cafés eran un foco de insurrección.

Vamos á comenzar estos apuntes por dos que tuvieron notoria celebridad, el de *Variedades*, que ya no existe, y el de *Zaragoza*, que aún vive, punto de reunión de los revolucionarios del batallador distrito del Hospital.

Hallábase el de *Variedades*, á la entrada de la calle de la Magdalena por la plaza de Antón Martín, á la derecha, y frente al teatro de este nombre, que se alzaba en el número 40 y se incendió, quizá en el local que hoy ocupa la confitería de Izquierdo, ó la tienda siguiente. Era pequeño, bajo de techo, oscuro, y contaba con un piano, circunstancias que permitían conocer difícilmente á los parroquianos y oír sus conversaciones.

Allí se juntaban Toribio Castrovido y Diego López Santiso, que tenían juntas sus tiendas de ultramarinos, y de sedas, en la esquina y plaza de Antón Martín; Pepe, conocido por el *Empeñista*, por tener una casa de préstamos en el núm. 3 de la calle del Ave María; Manolo el *Pescadero*, de la Torrecilla del Leal; Tomás Berenguer; el viejo demócrata D. Alfonso García Tejero; un joven socialista de mucho talento, Luis Aner, hace pocos años fallecido. Y otros demócratas de gran valía y de extraordinaria popularidad en el distrito, que iban preparando para el nuevo combate.

Al *Café de Zaragoza*, ámplio y bullicioso, situado en la Plaza de Antón Martín, con puerta á la calle del León, acudían con los demócratas y liberales del distrito, muchos estudiantes de medicina del vecino Colegio de San Carlos. En él conocí, por Joaquín Gabarda, compañero mío en el periódico satírico *El Trancaso* y que luego entró en Sanidad Militar, llegando pronto á Médico Mayor, á Julián López Ocaña, célebre oftalmólogo á los pocos años, y á Gregorio Martín Aparicio, que en 1870 hizo oposición y ganó una plaza de médico en Filipinas, y otra porción de muchachos, discípulos de aquellos insignes maestros que se llamaron Yañez, Velasco, Esquerdo, González Encinas, Mata, y otros esclarecidos varones.

Algunos iban también al *Café de la Rueda*, en la entrada por la Carrera de San Gerónimo de la vieja calle de Sevilla, á la izquierda, que les servía por real y medio un almuerzo ó cena, compuesto de un huevo, pan, vaso de vino y postre; y no faltaban estudiantes tampoco al *Café del Brillante*, en la calle de Alcalá; y al *del Pasaje*, en la calle de la Montera, en los que más ó menos se jugaba á los prohibidos, ó á la lotería de cartones. Estos muchachos calaveras, resueltos, atrevidos, eran puede decirse, las avanzadas de la Facultad de Medicina, siempre dispuestos, como dijo Victor Hugo, á la asonada, si no podían hacer un motín, y al motín si no podían hacer una revolución, que era su ideal.

Infinidad de estudiantes de la Universidad se citaban en el *Café de San Antonio*, en la Corredera Baja, con puerta y entrada á la vez por la calle del Pez. Allí, contrahe amistad,—ya que la representación del *Círculo Democrático Revolucionario* á ello me obligaba,—con Basilio y Juan Carvajal, hermanos del heroico

Froilán, inicuamente fusilado en el pueblo de Ibi (Alicante), un año después, con Felipe Arenas y Manuel Sánchez Serradilla, que andando el tiempo fueron organizadores y jefes del partido republicano en Extremadura.

Algunos alumnos de Farmacia concurrían a la tertulia nuestra, por más que la mayoría acudieran al *Café de San Mateo*, más próximo a la Escuela de Farmacia.

Había asistido mi inolvidable padre a la apertura del nuevo y hermoso *Café Imperial*, en la Puerta del Sol, con anchas entradas por ésta, por la calle de Alcalá, y por la Carrera de San Gerónimo, ocupando los bajos y entresuelos del hoy *Hotel de París*, y todas las tiendas de la Puerta del Sol, calle de Alcalá y Carrera de San Gerónimo. Se acostumbró a él por lo alegre del sitio, y a su muerte, ocurrida en Abril de 1868, continué yo frecuentándolo, encontrando allí un grupo de valerosos revolucionarios, descollando entre ellos varios estudiantes de Derecho, de valía extraordinaria.

Ernesto Fernández, célebre abogado más tarde en Santander.

Eduardo Santana, juez de Madrid, después de la revolución.

Manuel Rivera Delgado, autor de la notable obra sobre el criterio legal en los delitos políticos, que hoy se reconoce como texto y que debía conquistarle tan justo renombre.

Y otros que siento haber olvidado.

Junto a ellos, y con ellos, estábamos algunos literatos y periodistas, Ceferino Tresserra, el autor del *Cuadro Sinóptico de la Democracia* y de tantas interesantes novelas, Eusebio Freixa, director y propietario del importante periódico *El Consultor de Ayuntamientos*, y su administrador Francisco Garrigós, los que en su imprenta componían las proclamas revolucionarias que luego repartíamos, Pepe Alvarez Sierra, el inspiradísimo poeta, Manolo Rodríguez, reputado ingeniero y literato, y el autor de estos recuerdos.

Otro nuevo establecimiento llamaba la atención del público. El *Café de Madrid*, calle de Alcalá núm. 8, amplio, hermoso, con un pequeño departamento, muy bello, en la Carrera de San Gerónimo, comunicándose ambos por un pasaje lleno de elegantes tiendas. Así el salón grande, como el pequeño, contaban con fuentes que templaban la calurosa atmósfera, y en éste se estrenó un servicio de china, cuyas tazas de forma de cáliz ostentaban preciosas rosas con filetes dorados. Moda nueva lindísima.

Recuerdo que en el salón grande y departamento principal, contábamos con un camarero llamado Núñez, que el 28 de Septiembre de 1868 nos dió la noticia del triunfo de Alcolea, y la lista de todas las tropas sublevadas.

Al salón pequeño acudía buen número de actores dramáticos, José Mata, Rafael Calvo, Antonio Zamora, Ricardo Morales, Alfredo Maza, Francisco Oltra, formando un grupo de tan buenos artistas como sinceros demócratas y republicanos.

De todos fui amigo y todos me ayudaron con sus notables escritos en la publicación de mi revista *Gaceta de Teatros*, en la cual quise que colaboraran unidos literatos y artistas, al objeto de que éstos expusieran sus ideas sobre las reformas que nuestro teatro necesitaba.

Otro centro, no menos animado, tenían

los actores, el antiguo *Café de Venecia*, en la Plaza de Santa Ana y calle del Príncipe, y a él concurrían algunos actores de ideas más revolucionarias, Benito Pardiñas y José María García, que ya se habían batido el 22 de Junio en la barricada de Antón Martín; Pedro Abad, Antonio Cáceres, Juan Mela, Nicolás Pasca, Antonio Juncos, José Trinchant.

Otro pequeño grupo, porque el local era pequeño, iba al *Café del Príncipe*, en el mismo teatro.

Es que nosotros,—me decía luego el aplaudido actor Antonio Cáceres, alumno que fué del Conservatorio,—tenemos un abolengo liberal y revolucionario. El gran D. Isidro Maiquez, y Bernardo Gil, primeros actores de los teatros de Madrid, se negaron a trabajar en la función organizada por el Ayuntamiento para festejar la vuelta a España en 1814 del rey absoluto Fernando VII; D. Antonio Guzmán fué el primer Miliciano Nacional de Madrid, el año 1820, y era pública su amistad con el heroico general Riego; en las barricadas formadas detrás del teatro del Príncipe, en la calle del Lobo, se batieron los actores D. Juan Lombia, don Pedro Sobrado, su hermano Patricio, y Narciso Escosura, que entonces pertenecía a la escena, en las jornadas de Marzo y Mayo de 1848 y 1854.

En los cafés de la parte Sur de Madrid, que vamos a citar, se reunían muchos comerciantes, clase media, y obreros:

Café de Miranda, Plaza de la Cebada.

Café de San Isidro, calle de Toledo.

Cafés del Progreso y el *Vapor*, Plaza del Progreso.

En el *Café* de la Estación del Mediodía hacía una intensa propaganda revolucionaria entre los ferroviarios, su dueño José M. Floriza.

En la parte Norte de Madrid se contaban:

San Luis, en la calle de la Montera.

San Joaquín y *San Mateo*, en la calle de Fuencarral.

Café-Teatro, calle de la Flor.

Café-Teatro, calle Ancha de San Bernardo.

Café de Santo Domingo, Costanilla.

En los distritos del Centro podían nombrarse:

El *Café de San Sebastián*, calle de Atocha y Plaza del Angel.

El *Café de Gallo*, Plaza Mayor.

El *Café de Platerías*, calle Mayor.

Los *Cafés de Miranda* y *Eldorado*, calle del Prado.

El *Café de la Concepción*, Concepción Gerónima.

El *Café de Columnas* (hoy de Puerto Rico), en la Puerta del Sol.

Los viejos progresistas se juntaban en estos:

Café Suizo, calle de Alcalá.

Tertulia Progresista y *Café de la Iberia*, Carrera de San Gerónimo.

Café Universal y *Café de Levante*, Puerta del Sol.

Los militares frecuentaban, generalmente de noche, los que vamos a citar:

El *Café de San Andrés*, Puerta de Moros.

El *Café de San Francisco*, Carrera de San Francisco.

El *Café de San Marcial*, Plaza de San Marcial.

Próximamente a los cuarteles del Rosario, San Gil, Conde-Duque y la Montaña.

Algunos de estos cafés han cambiado de nombre, pero la mayoría ha desaparecido.

Por aquella época se conspiraba en todos los citados, y bien puede asegurarse que eran verdaderos *Cafés revolucionarios*.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

Pregunta contestada

¿Que cómo va lo de la colocación de las cartulinas?

Bien. Ha superado a mis esperanzas, y me ha devuelto casi del todo la tranquilidad que me quitaron durante los tres años últimos los compromisos particulares que contraí para seguir publicando *EL MOTIN*; compromisos que, precisamente por no mediar otro documento que mi palabra, y por haberlos contraído con personas que jamás me los hubieran recordado, me obligaban doblemente. Si de aquí al 28 de Septiembre consigo reunir lo suficiente para cumplir con la Papelera, tendré el gusto de presentarme ante el público como uno de los pocos españoles que no le deben más que el alma a Dios, y el cuerpo a la tierra de que fué formado.

Mi agradecimiento perdurable para cuantos han tomado pretexto de lo del sorteo para manifestarme sus simpatías. Y sepan que estoy tan enorgullecido de lo que han hecho, como ellos lo estarán seguramente de mí por lo que he dejado de hacer para salir del atranco en que me encontraba.

Pedir públicamente ayuda me pareció más digno de mí, y de los que de mí tienen la idea que merezco, que proporcionármela por medios inconfesables, lo cual no es muy difícil hoy.

No he sido nunca partidario de la máxima de los jesuitas, «el fin justifica los medios».

Clericalismo en solfa

Milagros comentados

Yo, hablando de mí

Chaparrón de milagros

Picotazos en la cresta

VERDADES AL PUEBLO

Trozos de mi vida

Asuntos diversos

José Nakens

DOS PESETAS TOMO

IMP. «LA ITALICA», VELARDE, 12 MADRID